

CLAVES EPISTEMOLÓGICAS PARA EL TRABAJO SOCIAL

EPISTEMOLOGICAL KEYS FOR SOCIAL WORK

Ana Belén Méndez Fernández

Facultad de Ciencias de la Educación de Ourense, Universidad de Vigo

anabel@uvigo.es

Cristina Caruncho Michinel

Facultad de Ciencias de la Educación de Pontevedra, Universidad de Vigo

caruncho@uvigo.es

José Ignacio Salazar Bernard

Licenciado en Medicina General y Cirugía

luxyspot@gmail.com

Facultad de Ciencias de la Educación

Resumen

Cualquier persona con formación humanística clásica si es preguntada por el término epistemología lo define como teoría acerca del conocimiento entendiendo este como una relación de sujeto y objeto. Sin embargo, a partir de los inicios del siglo XX la epistemología se convierte en epistemología científica.

En los inicios de la epistemología científica se consolidan tres grandes escuelas: el neopositivismo lógico, el racionalismo crítico, y el pospopperianismo. En las últimas décadas del XX y principios del XXI se introducen en el debate nuevos problemas. De estos unos serán de carácter general en la medida que afectan a la Ciencia en mayúsculas y otros se ciernen sobre las peculiaridades de los distintos tipos de ciencias según sean estas formales, físico naturales y sociales-humanas. Si queremos evidenciar los fundamentos epistemológicos del Trabajo Social lo primero es tomar partido por una definición, una historia y un modelo de ciencia o de conocimiento científico.

Dicho esto nuestra disciplina está dentro de las llamadas ciencias del hombre, una ciencia orientada a la acción, con un inmenso potencial de transformación social y comprometida con un modelo teórico racional y crítico, claramente valorativo e ideológico: tal modelo debe servir de principio general que permita entender y explicar gran parte de los temas humanos. Tal es así que, si desvelamos nuestro marco teórico y lo vinculamos a una praxis histórica que dé sentido a lo que hemos definido como trabajo social, habremos explicitado nuestra visión sobre la epistemología de nuestra disciplina.

Palabras clave: Epistemología, Trabajo Social, Humanismo, Ciencia, Ideología.

Abstract

Anyone with classical humanistic training if asked by the term epistemology defines knowledge as a theory about understanding this as a relationship of subject and object. However, from the early twentieth century epistemology becomes scientific epistemology.

At the beginning of scientific epistemology three schools are consolidated: Logical neopositivism, critical rationalism, and post popperianism. In the late twentieth and early twenty-first introduced into the discussion new problems. Of these some will be of general term inasmuch as affect uppercase Science and others hover over the peculiarities of the different types of sciences according to whether they are formal, natural physical and social-human. If we want to demonstrate the epistemological foundations of social work the first thing is taking one definition, a story and a model of science or scientific knowledge.

Having said that our discipline is within the so-called human sciences, action-oriented science, with a huge potential for social transformation and committed to a rational and critical theoretical model, clearly evaluative and ideological: this model should serve as a general principle that allows to understand and explain much of human subjects. So much so that if we reveal our theoretical framework and we link to a historical praxis that gives meaning to what we have defined as social work, we will have spelled out our vision of the epistemology of our discipline.

Keywords: Epistemology, Social Work, Humanism, Science, Ideology.

DE LA EPISTEMOLOGÍA A LA EPISTEMOLOGÍA CIENTÍFICA

Carbonero, D.; Raya, E.; Caparros, N.; y Gimeno, C. (Coords) (2016) *Respuestas transdisciplinares en una sociedad global. Aportaciones desde el Trabajo Social*. Logroño: Universidad de La Rioja.

Cualquier persona con formación humanística clásica si es preguntada por el término epistemología lo define como teoría acerca del conocimiento sin mayores precisiones y entiende el conocimiento como una relación de sujeto y objeto. Si bien, ya desde la segunda mitad del siglo XIX y fundamentalmente con la llegada del siglo XX, la epistemología se convierte en epistemología científica, privilegiando un tipo de conocimiento frente a otros muchos (metafísica, ontología, axiología, ideología, teología, etc.). De hecho, el papel absoluto y autónomo de la ciencia como conocimiento racional basado en el infalible método científico arrinconó, cuando no anuló, el papel de la filosofía. Lo único que se admitió como tal fue entonces la llamada filosofía de la ciencia o epistemología, colocando en un lugar secundario y hasta eliminando la discusión en torno a la ontología y la axiología. Autores como Descartes y Kant reducen la filosofía al ámbito gnoseológico y los demás temas quedaron en una posición marginal. Así mismo, en forma marginal y no oficial, el marxismo en el siglo XIX, la fenomenología y el existencialismo en el siglo XX, revelarían el carácter ontológico y axiológico de la filosofía pero su carácter ideológico-político permaneció en una posición secundaria y sin ningún impacto en el desarrollo de las instituciones que promueven la ciencia (Méndez, 2011). Tal es así que la revolución teórica, visible en el reduccionismo epistemológico, separa a la ciencia de la ideología de la cual nace.

En los inicios de la epistemología científica se consolidan tres grandes escuelas: el neopositivismo lógico que defiende un formalismo metodológico; el racionalismo crítico, que encuadra el pensamiento dentro de contextos fragmentarios con determinaciones históricas, culturales, psicológicas y sociológicas; y el pos-popperianismo quienes, aun apostando por un formalismo metodológico, no renuncian a un pensamiento encarnado en contextos culturales diversos.

A finales del siglo XX los partidarios de cada una de estas escuelas (que adscriben a la vez en su seno a distintos submodelos) siguen protagonizando el debate epistemológico, si bien se introducen en el debate nuevos problemas. De estos, unos serán de carácter general en la medida que afectan a la ciencia en mayúsculas y otros, se ciernen sobre las peculiaridades de los distintos tipos de ciencias, según sean estas: formales, físico-naturales, sociales-humanas. De entre los problemas de carácter general cabe hablar entre otros de: las diferencias entre ciencias formales y no formales; de los diversos modos de concebir las relaciones entre la parte teórica y la experimental; de la imprecisión a la hora de definir conceptos usados por las diferentes ciencias con distintos significados; de los problemas que se refieren a las relaciones entre las distintas ciencias, toda vez que se produce una incesante proliferación de áreas de conocimiento dando lugar en muchos casos a solapamientos y en otros tendiendo a simplificar para abordar la dispersión y la pluralidad.

Si nos situamos bajo el paraguas de estos “debates académicos”, tal y como los acabamos

de nombrar, estamos asumiendo “ciertas reglas de juego” de modo cuasi apriorístico, a saber:

-En primer lugar, y esta es la certeza básica en el discurso privilegiado por la comunidad académica, asumimos que el método hipotético deductivo es el único legitimado en la búsqueda y obtención de la verdad. Queda así fuera de juego cualquier otro método, incluso la lógica pasa de ser un método probatorio a ser un complemento a la hora de articular una propuesta de conocimiento teórico.

-En segundo lugar, estaremos aceptando que las peculiaridades de los distintos tipos de ciencias, según estas sean formales; físico-naturales, sociales-humanas, son provenientes solo de la diferencia entre los “objetos” de estudio. Con ello estamos negando cuestiones tales como: la subjetividad del científico, la existencia de las comunidades científicas entendidas como grupos de decisión y articulación de elementos axiológicos y científicos; quedando sin respuesta cuestiones tales como: ¿por qué se investiga algo concreto?, ¿bajo qué condiciones?, ¿con qué intereses?, ¿cómo se leen los datos?, etc.

-En tercer lugar, decir que no menos ideológica-valorativa resulta, por poner otro ejemplo de los ya mencionados, la necesidad de normativizar los conceptos usados por las distintas ciencias en significados diferentes.

-En cuarto lugar decir que resulta sospechosa la necesidad de evitar solapamientos, así como la dispersión y pluralidad.

Como contrapartida apoyamos el disenso, el conflicto, la necesidad de convivir en la discrepancia. Llegados aquí a pocos les cabrá duda que queremos proponer una estrategia de deconstrucción e incluso podríamos hablar de una propuesta de *des-epistemologizar*.

LOS LÍMITES DE LA CIENCIA. LO QUE CUENTA LA PROPIA FILOSOFÍA DE LA CIENCIA

Si volvemos a la epistemología decimonónica, en la cual los filósofos se hacían las famosas preguntas del ilustrado Kant sobre los límites del conocimiento y la consolidación de la ciencia moderna, no podemos más que darle la razón a Foucault (1998) y aceptar que el conocimiento es un campo de historicidad donde la ciencia aparece. Esta tesis lleva a Chalmers (2002) a certificar que la idea de ciencia universal y un método a-histórico resulta implausible y absurda, entonces ¿por qué el empeño de encontrarlos? Para responder a esta cuestión es obligado dirigir la mirada al mundo de las creencias y valores.

La Diosa Razón Ilustrada, iluminó una modernidad que necesitaba una creencia ciega en la verdad del conocimiento accesible al hombre, con el fin de desterrar lo sobrenatural y la transcendencia como formas de dominio. Al mismo tiempo se impuso un nuevo concepto de poder legitimado a través del pacto social que creaba como identidades básicas las de género, etnia y clase

Carbonero, D.; Raya, E.; Caparros, N.; y Gimeno, C. (Coords) (2016) *Respuestas transdisciplinares en una sociedad global. Aportaciones desde el Trabajo Social*. Logroño: Universidad de La Rioja.

(varón, blanco, productivo). Este vínculo entre el modelo del capitalismo patriarcal y la ciencia positivista provocó el amplio período de estabilidad moderno/contemporáneo que creó los grandes retos y avances de la humanidad pero que a su vez provocó la mayor bolsa de exclusión de seres humanos de toda la historia. El hombre (entendido como ser humano) desapareció de la historia pasando a ser una pieza de la maquinaria social. El hombre común, o el burgués como individuo, o el proletariado, la clase media, el marginal, la mujer..., pasan a ser categorías objetivas, estructurales y unidireccionales. El hombre desaparece como componente de la reflexión de los propios científicos naturales y sociales, siendo casi irónico o al menos raro, eso de una ciencia social sin el hombre. Todo se redujo al estatus, al rol, la etnia, el género, la clase, etc. El ser humano pasó a ser objeto, nunca se consideró como un ser integral con necesidades, problemas, aspiraciones, etc. (Prigogine, 1994).

Fue muy largo el período histórico en el que la aceptación del positivismo científico era prácticamente el único paradigma. Tal paradigma normativo impuso como método prototípico el de la ciencia física, y estamos hablando de los filósofos de la ciencia tan prestigiosos como Kuhn (1972) o como Popper (1980), intentando hacer que toda ciencia encajase dentro de su esquema conceptual. Al mismo tiempo hubo pensadores, como muchos de los denominados posmodernos, que se negaron a aceptar tal verdad e impusieron el pensamiento fragmentario y contextual. Encuadrado en estos movimientos podemos señalar afirmaciones tan prosaicas como ciertas según las cuales “ni los seres humanos, ni las sociedades, ni ningún ser vivo (sea el que sea) son objetos inanimados que puedan ser manipulados del mismo modos como se conciben en el mundo de la física” (Glynos, 2002, p. 26).

Probablemente en este momento ya pocos duden en el mundo de la Filosofía de la Ciencia de que la ciencia debe concebirse como un proceso dinámico e histórico en el que se presentan conflictos de teorías, paradigmas y tendencias. No obstante, el neo-positivismo sigue teniendo grandes seguidores y así en algunos ámbitos del conocimiento se reivindica la necesidad de un conocimiento científico basado en la evidencia¹. Es sorprendente, que sin los debates previos como el que aquí pretendemos establecer, se utilicen lenguajes y definiciones que vinculan al trabajo social con dicho aspecto.

Ante esta cuestión y partiendo como hemos venido diciendo de la idea de que no existen hechos brutos, datos meramente objetivos, ni a-históricos, ni neutros, ni independientes de toda teorización; nos encontramos con un problema. Dicho en otras palabras, si los datos son históricos y contruidos a partir de una determinada concepción teórica, hay allí un problema epistemológico:

¹Véase. Morago, P. Prácticas basadas en la evidencia: De la medicina al trabajo social. *Cuadernos de Trabajo Social*, Vol.17 (2004). 5-20. También resulta muy esclarecedor para el conocimiento de este posicionamiento metodológico el trabajo de Buchanan, A. Política y práctica social basada en la evidencia: ¿Una nueva ideología o un imperativo de derechos humanos? *Revista de Trabajo Social*, Santiago de Chile, (2009). Carbonero, D.; Raya, E.; Caparros, N.; y Gimeno, C. (Coords) (2016) *Respuestas transdisciplinares en una sociedad global. Aportaciones desde el Trabajo Social*. Logroño: Universidad de La Rioja.

¿qué constituye una evidencia apropiada? (Glynos, 2002).

No hay respuesta para ello más que en términos de contextos disciplinarios y consenso dentro de las comunidades de expertos, fuera de cualquier parámetro de universalidad. Las teorías, los métodos, las técnicas y los datos son partes del proceso de construcción de conocimiento científico y sí, como hemos dicho, el conocimiento es falible, la evidencia es inevitablemente relativa. En tal sentido, como apunta Lakatos (1998), viendo la evolución de la ciencia hay pocos filósofos o científicos que sigan pensando que el conocimiento puede ser conocimiento probado, es más entendemos que “la adecuación empírica de una teoría debe ser más bien ser evaluada en función de las normas establecidas en el marco de la concepción del mundo en que la soporta. Estas normas son ellas mismas, resultado de la historia de las ciencias y, en ese sentido, puedan variar según la época y los contextos disciplinarios” (Lecourt, 2010, p. 412). No queda pues más que reconocer que todo conocimiento obtenido por una investigación es parcial, situado y relativo (Taylor, 2001) y la comunidad académica es, finalmente, el tribunal último donde se juzga, cuando menos transitoriamente, una teoría y una investigación científica.

CIENCIA E IDEOLOGÍA

Como estamos viendo la ciencia, en tanto conocimiento, puede verse, como ocurre también en la ideología, involucradas en dinámicas de poder y depende directamente de acciones, decisiones que van a adoptar los grupos. Esta cuestión que parece de sentido común aparece normalmente oculta en el debate (incluso actual) en torno a la relación entre ciencia e ideología. Aún hoy este debate muestra en su desarrollo una profunda desigualdad entre ambos contendientes.

Uno de los polos, el representado por la ciencia y todo su mundo, se dibuja como a-ideológico (y también porque no decirlo a-sexuado), esta presentación ante las comunidades de expertos y los grupos de poder cuenta como correa de transmisión con un aparato editorial que produce libros y fundamentalmente publicaciones periódicas indexadas y fuertemente jerarquizadas, hablamos por supuesto de las revistas científicas y su particular *ranking* de excelencia. Esta expresión documental de la ciencia dibuja una imagen de ésta que surge y se desarrolla al margen de cualquier consideración externa. No obstante, “estas verdades” trascienden el mundo experto y se traducen al gran público a través de los potentes canales divulgativos que representan las revistas de divulgación científica que a su vez filtran a los *mass media* los “grandes avances de la ciencia”. Tal es así que el común de los mortales aprendemos a venerar la ciencia como un conocimiento incuestionable puesto al servicio de los intereses de la humanidad. Esta influencia, basada en una creencia de “verdad incuestionable de la ciencia”, la vemos claramente en el caso de la publicidad en la que el mejor reclamo para el éxito comercial es hacer uso de la ciencia, como bien señala Hormigón (1996) “*no importa que se trate de compresas bigiénicas, pañales, lavavajillas o pasta de dientes, para tener alguna viabilidad de éxito social hay que enfatizar el carácter científico del producto que se pone en el mercado es* Carbonero, D.; Raya, E.; Caparros, N.; y Gimeno, C. (Coords) (2016) *Respuestas transdisciplinares en una sociedad global. Aportaciones desde el Trabajo Social*. Logroño: Universidad de La Rioja.

resultado de un proceso de investigación científica. Y no solo en el que concierne a artículos industriales. Son particularmente relevantes las campañas para modificar los hábitos alimenticios tradicionales de la mayoría de los pueblos del planeta (...). Si bien esto no deja de ser cuestiones menores, aunque identifiquen la esencia del sistema neoliberal y es que como añade el propio Hormigon (1996) “el papel de la ciencia y de los científicos, donde ha revelado, toda su eficacia, ha sido y es en la justificación global del sistema, en el descrédito de otras alternativas y en asuntos supranacionales de estrategia política” (Algunos apuntes finales, 3).

El otro contendiente en la batalla, hablamos de la ideología y en referencia directa al mundo del conocimiento, de aquellos saberes tildados de ideológicos e ideologizantes (incluyendo las visiones no paradigmáticas que se producen en el mundo académico-científico) está representado por una exigua comunidad crítica con escasas posibilidades de hacerse oír en foros internacionales y con limitadas redes de expansión de la información.

Sin embargo, no podemos decir que la ciencia y la ideología sean la misma cosa. Son formas de conocimiento distintas, la ciencia explicita verdades aunque sean contextuales, parciales e históricas y por ello permite un enfoque epistémico. La ideología no es verdadera ni falsa, no puede ser más que eficiente o ineficiente, coherente o incoherente, justa o injusta, respecto a determinados fines y en términos de poder; así la comprensión del fenómeno ideológico, de sus formas de representar la realidad y sus usos políticos, requiere no de un enfoque epistémico, sino de una aproximación que parte de una visión global de cómo se estructura y construye el conocimiento y es que todo ideología comporta creencias sociales compatibles con un grupo, creencias que organizan el conocimiento, las opiniones y las actitudes específicas de un grupo.

Es obvio pues que la ciencia y la ideología son conocimientos distintos, eso sí, nosotros mantenemos que sus fronteras son inestables. Si bien el trabajo científico implica el cuestionamiento y confrontación de valores y una estandarización de los hechos con los que trabaja (siendo esta su fundamentación metodológica-epistémica), también implica la complejidad que se articula en torno al funcionamiento de la comunidad científica. Una comunidad científica, consolidada como grupo de decisión, que en los grandes países desarrollados cada vez cuenta con más cauces administrativos para ejercer una cierta representación institucional y lo hace aliándose con las posiciones del oficialismo científico que impone en todas partes su concepto hegemónico de cientificidad, del que se excluyen en principio la mayoría de los proyectos discrepantes.

Debemos contemplar que establecer un proyecto profesional no es algo aislado, sino debe emanar de proyectos societarios con los que debe imbricarse, o dicho de otra manera, construido por el colectivo profesional sin perder el horizonte social que le da sentido. De esta forma, dicho proyecto profesional importa, redimensiona y se inserta en ciertos valores, ideologías, proyectos, en íntima relación con actores sociales que representan los valores, ideologías y proyectos profesionales hegemónicos en aras al establecimiento de un proyecto profesional hegemónico que Carbonero, D.; Raya, E.; Caparros, N.; y Gimeno, C. (Coords) (2016) *Respuestas transdisciplinares en una sociedad global. Aportaciones desde el Trabajo Social*. Logroño: Universidad de La Rioja.

compatibilice forzosamente una dimensión ética y una dimensión política. Así, pluralismo y respeto a las minorías no elimina la legítima hegemonía de la mayoría, pero consenso tampoco equivale a ausencia de disensos (Montaño, 2003).

En este ejercicio de poder, tal y como lo acabamos de describir anteriormente, la comunidad científica se revela con un gran potencial “axiológico”. Y es que ante el gran público el oficialismo científico aparece como un planteamiento sólido, incuestionado y homogéneo, sin fisuras que describe un escenario de normalización al que no se adaptan los individuos críticos que se rebelan. El resultado de todo ello es la progresiva y a la vez imparable “marginación de los diferentes”, estos sujetos no sólo sufren la exclusión del “sistema” sino que, por la fuerza normativizante del mismo, en muchos casos asumen autoinculparse por haber optado por temas, metodologías y actitudes no ortodoxas. El precio es un grado importante de ostracismo y para aquellos que deciden denunciar la situación, les advertimos que no esperen contar con la complicidad solidaria de sus colegas profesionales, puesto que en un ejercicio de empoderamiento por el sistema, les tildarán de fracasados y encontrarán razones elocuentes para fomentar y acrecentar la marginación del diferente. Y como bien dice Hormigon (2006) la comunidad científica pierde progresivamente sus señas de identidad y al aferrarse a presupuestos ideológicos, como la autonomía a ultranza y el cientifismo, olvida sus principios éticos y sus fundamentos intelectuales en beneficio de los proyectos neoliberales de la sociedad o de las empresas privadas.

A MODO CONCLUSIVO. PROPUESTA Y DEBATE PARA EL TRABAJO SOCIAL

Una vez fundamentada la idea de que es necesario recurrir al sentido decimonónico del término, en la medida en que queremos retomar la consideración de una idea amplia del conocimiento que no se limite al mundo de la “ciencia”, nos encontramos con que nuestra propuesta no puede ser sumergirnos en el debate protagonizado por las tres grandes escuelas de la epistemología científica ni en los problemas que a partir de este debate se han ido creando de modo *ad hoc*. Más bien nuestra propuesta es hibridar en una actitud sinérgica a la pluralidad de conocimientos “reconocidos” por las comunidades eficientes, tanto comunidades científico-académicas como grupos sociales (estructurados, marginales, cambiantes, etc.).

Desde este punto de vista, la necesidad consensuada de buscar la mayor “dignificación posible” para el Trabajo Social, no pasa por recorrer el camino de otras disciplinas científicas, en concreto y por similitud histórica/académica/conceptual como la Sociología, la Antropología, etc. Son éstas las que deben en cierto modo *des-epistemologizar* el debate, dado lo infructuoso, cansado y a veces perverso, de la búsqueda de construir verdades universales más próximas al mundo de la Fe que de la Ciencia esto es, hechos objetivables aprehensibles de modo a-histórico y a-discursivo. Se genera así un proceso de poner límites inamovibles a la búsqueda del objeto, que cuando son sujetos no pueden superar la subjetividad, que cuando son miembros de grupos no pueden superar Carbonero, D.; Raya, E.; Caparros, N.; y Gimeno, C. (Coords) (2016) *Respuestas transdisciplinares en una sociedad global. Aportaciones desde el Trabajo Social*. Logroño: Universidad de La Rioja.

la normatividad que los define, y cuando son hechos físicos y objetos naturales no pueden ser comprendidos sino es en el marco de la subjetividad neurocognitiva del ser pensante.

¿Quiere esto decir, que el Trabajo Social debe reconocerse en su estatus para no movilizarse como actor socio-interviniente y académico/pensante?: no, ni mucho menos, pero su tarea será más que pensar en términos de fundamentos, límites del conocimiento y métodos de aprehensión de las “realidades”. Debe iniciar una transformación que empiece por reconocer las bases formativas de pensamientos paralelos (interdisciplinarios) que estimulen en los estudiantes universitarios de Trabajo Social la capacidad de articular modos de racionalización diferentes, por ejemplo, no debería ser un problema el conciliar ciencia y compromiso político-ideológico, sin embargo esto se hace cada vez más difícil por la exigencia de las normas vigentes que tratan de dirigir al estudiante hacia la “objetividad científica” (Lorente, 2002a). No debería ser un problema compartir la Facultad con otras disciplinas, sin embargo, esto no quiere decir aceptar el *status quo*, por ejemplo ha habido planes de estudios de un perfil muy jurídico-normativo. Quizás lo más adecuado para formar un agente social que ayude a transitar por situaciones difíciles a gente que viven momentos y/o circunstancias críticas, sea dominar saberes ahora sí más epistémicos y menos normativos. Así saber de lengua, lógica, teoría del conocimiento, metodologías científicas, dadas por verdaderos epistemólogos o filósofos de la ciencia, enriquecería notablemente las capacidades de nuestros estudiantes.

Es necesario poner en valor la historia aprendiendo de la experiencia, del análisis escrupuloso de los aciertos y errores que en su transitar han acontecido. Debe superarse la necesidad, *cuasi* visceral, de romper con el sentido “asistencial-caritativo” (empático) en favor de un modelo estricto de contrato social. El modelo del contrato si no se complementa con una ética del cuidado desvirtúa la subjetividad e impone la justicia desde el modelo liberal-abstracto, favoreciendo la imparcialidad pero negando los contextos circunstanciales y las formas relacionales. Se erige entonces como imprescindible hacer bandera de la empatía y reivindicar la ética del cuidado para colocar a los sujetos en medio de una red de relaciones que, en conjunto, constituyen su horizonte moral y que definen su catálogo de acciones posibles. En este estado de cosas, es necesario en el Trabajo Social crear un compromiso sólido a favor de una ética relacional que no se conforme con enunciar o suscribir principios abstractos; de hecho se hace imprescindible descabalar el modelo del contrato liberal porque este hace de la libertad y de la seguridad los únicos valores morales que dan sustento al entramado ético-jurídico. Necesitamos pues una deontología profesional que guíe una práctica cuyo objetivo debería ser el de poder responder la pregunta de ¿cómo pueden las personas, en nuestro caso los usuarios de los servicios de trabajo social, estar mejor equipados para vivir su dignidad moral? Para ello se vuelve imprescindible atender al contexto y poner en valor la relación de cuidado-empatía base de la autonomía relacional (que no abstracta) y es que la autonomía relacional busca localizar y aprovechar los espacios de libertad que están presentes en Carbonero, D.; Raya, E.; Caparros, N.; y Gimeno, C. (Coords) (2016) *Respuestas transdisciplinares en una sociedad global. Aportaciones desde el Trabajo Social*. Logroño: Universidad de La Rioja.

medio de la interdependencia humana (Toledo, 2004).

En este sentido Lorente (2002b) aborda como el hecho de que la práctica del trabajo social haya y esté ligada al campo de la ayuda social y el cuidado produce un desprecio de la misma y los saberes que produce. El Trabajo Social está indefectiblemente vinculado a los valores de libertad, igualdad y fraternidad, siendo esta última una necesidad de primer orden: la solidaridad no puede ser una noción marginal dentro de la ética (pp. 155-157).

Reconocerse como estructura de poder-político, partiendo de que nosotros suscribimos la idea de que la política es una dimensión de la identidad del trabajador social de la que no puede sustraerse, hace imprescindible que en ese sentido también sea necesario conocer y reflexionar acerca de las bases ideológicas de las estructuras políticas, económicas y sociales.

No es posible la neutralidad política, en nadie y por supuesto tampoco en el/la trabajador/a, en este caso quizás menos ya que es testigo directo, a la vez que víctima en su capacidad de arbitraje profesional, de una hegemonía neoliberal que limita, cuando no anula, sus posibilidades de protección hacia las capas más vulnerables de la población. Este hecho es muy grave ya que bajo las condiciones descritas, que no son otras que las que se imponen bajo el paradigma de la globalización neoliberal, el papel del/la trabajador/a social queda en muchos casos reducido a un mero burócrata de escasa eficacia (o lo que es peor: un simple elemento de control del sistema hacia ciertos colectivos e individuos *no ajustables* en el marco de los parámetros de los sujetos normativos), algo que no puede menos que provocar en el profesional un sentimiento de inutilidad e impotencia que le exige tomar conciencia de la situación y posicionarse ante el poder.

Debemos plantear el tema epistemológico a la luz de la historia, la trayectoria de la profesión y dentro de una concepción ampliada de las ciencias sociales y humanas que respeten la subjetividad y la autonomía del otro, en contraposición con la mirada positivista (Vázquez, 1998).

Todo ello permite y posibilita el “atreverse a pensar” kantiano para hacer lo que Marx pedía en la Tesis XI sobre Feuerbach “ya no solo hay que pensar el mundo sino transformarlo”; para ello una visión social es mucho más potente que una epistemológica, eso sí, el debate que se sitúa en el resbaladizo territorio de la conexión entre epistemología e ideología debe seguir abierto. La necesidad del “atreverse a pensar” se postula así (aún con más fuerza si cabe) como totalmente necesaria si asumimos que lo hacemos para transformar el mundo. Y es que esa transformación deberá tener unos fines y una direccionalidad que no pueden (¡ni deben!) ser arbitrarios, sino que están obligados a responder a las reflexiones previas.: así es como se revela esa necesaria conexión epistemológico-ideológica.

(...) pensamos que es indudable (¿o más bien dudable?) que la práctica que desarrollan los profesionales del Trabajo Social no es neutra ni objetiva, sino que es

intencionada y orientada hacia unos fines. (...) no existe una concepción única del Trabajo Social, al igual que la hay en el resto de disciplinas o ciencias sociales. Esta multiplicidad de concepciones no es un elemento negativo y distorsionador para el Trabajo Social, sino que al contrario favorece y enriquece su desarrollo como disciplina y profesión. Pero el problema aparece cuando una profesión no está acostumbrada a la lógica del discurso crítico (...), rechazando o excluyendo a aquellas aportaciones al campo del saber que no estén en la línea marca por el “establishment teórico y práctico” de la profesión. (Gil, 1998, p. 26)

Para finalizar subrayamos a Rossi (1990) cuando afirma que “hoy sabemos que la epistemología no genera ciencia” (p. 12).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Chalmers, A. (2002). *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?* Madrid: Siglo XXI.
- Foucault, M. (1998). Aesthetics, method and epistemology. *Essential works of Foucault 1954-1984*. Londres: The Peguin Press.
- Gil, M. (1998). Consideraciones ideológicas en la práctica del Trabajo Social. *Cuadernos Andaluces de Bienestar Social*, 2, pp. 25-36.
- Glynos, J. (2002). Theory and evidence in the freudian field: from observation to structure. En J. Glynos, y Y. Stavrakakis (eds.), *Lacan and science*. Londres: Karnac
- Hormigan, M. (1996). *Ciencia e ideología: propuestas para un debate*. Prepint del III Symposium Galdeano [on line]. Recuperado de <http://www.oei.es/salactsi/zaragoza1.htm#1a>
- Kuhn, T (1972). *La estructura de las revoluciones científicas*. México. Editorial Fondo de Cultura Económica.
- Lakatos, I (1998). *Metodología de los programas de investigación*. Madrid: Editorial Alianza Universidad.
- Lecourt, D. (Dir.) (2010). *Diccionario Akal de filosofía e historia de las ciencias*. España: Akal.
- Lorente, B (2002a). Trabajo social y ciencias sociales. Poder, funcionalización y subalternidad de saberes. *Portularia: Revista de Trabajo Social*, 4, pp. 41-59.
- Lorente, B. (2002b). La feminización, lo religioso y la profesionalización del cuidado. En B. Lorente (Ed.), *El hecho religioso y la ayuda social. Estudios sobre su historia, epistemología y práctica*. Colombia: Corporación Colombiana de Investigaciones Humanísticas.
- Méndez, E. (2011). La alquimia de la epistemología. Del hierro a lo verde. *Orbis: Revista de Ciencias Humanas*, 18, pp. 3-23.
- Montaño. C. (2003). *Hacia la construcción del proyecto Ético-Político profesional crítico*. Brasil: Cortez.
- Popper, K. (1980). *La lógica de la investigación científica*. Madrid: Editorial Tecnos.
- Prigogine, I. (1997). *El fin de la certidumbre*. Chile: Andres Bello.
- Rossi, P. (1990). *Las arañas y las hormigas. Una apología de la historia de la ciencia*. Barcelona: Càtedra.
- Taylor, E. (2001). Positive psychology and humanistic psychology: A reply to Seligman. *Journal of Humanistic Psychology*, 41(1), pp. 13-29.
- Toledo, U. (2004). ¿Una epistemología del Trabajo Social? *Cinta de Moebius*, 21, Chile. Universidad de Chile.
- Vazquez, O. (1998). Pensar la epistemología del trabajo social. *Alternativas. Cuadernos de Trabajo Social*,
- Carbonero, D.; Raya, E.; Caparros, N.; y Gimeno, C. (Coords) (2016) *Respuestas transdisciplinares en una sociedad global. Aportaciones desde el Trabajo Social*. Logroño: Universidad de La Rioja.

6, pp. 269-286.